

aclamaban la justicia con que habia sido sentenciado.

No por esto dejaba de haber quien llorara en la mayor angustia por los grandes padecimientos del Redentor: su bendita Madre, cuyo corazon se hallaba traspasado por una penetrante espada de dolor. Ya sabia cuanto habia tenido que sufrir: los desprecios que habian hecho de él; el triste y lamentable estado á que habia sido reducido por el cruel tormento de la flagelacion, y últimamente que habia salido de casa de Pilatos para el monte de la Redencion. Maria era una mujer singular, una heroina admirable: queria acompañar á su hijo en los momentos de sus mayores padecimientos; queria participar de sus tormentos y si posible le hubiera sido hasta morir con él. Asi es que deseando encontrarle vuela en alas de su amor, pero encuentra obstáculos para llegar hasta su Hijo: crecidos grupos de personas le impiden el paso: pero la amorosísima Madre confundida entre la multitud logra á fuerza de trabajo ir ganando terreno. En sus oidos resuena el ronco ruido de los atambores: levanta su vista y divisa á lo lejos el brillo de las alabardas ó lanzas: entonces es cuando redoblando sus esfuerzos consigue llegar á colocarse al lado de Jesus. Hijo y Madre se dirigieron una amorosa mirada. El Justiniano dice que en aquel momento enmudecieron sus sacratísimas lenguas, hablando tan solo sus traspasados corazones. La V. Agreda, pone en lábios de Maria estas espresiones dirigidas á Jesus: «Hijo mio y Dios Eterno, luz de mis ojos y vida de mi alma: recibid Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviarnos del peso de la Cruz y llevarla yo que soy hija de Adan, para morir en ella por vuestro amor, como vos quereis morir por vuestra ardentísima caridad al linaje humano. ¡Oh amantísimo Mediano entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentais la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh

caridad sin término ni medida, que para mayor incendio y eficacia dais lugar á los tormentos y oprobios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo! ¡Si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mia para que no dieran tan mala correspondencia á lo que por todos padeceis! ¡Oh, quién hablara al corazon de los mortales y los intimara lo que os deben, pues tan caro os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina! 1

El triste y abatido estado en que caminaba el mansísimo Cordero de Judá é inocentísimo Isaac, no fué suficiente á ablandar los empedernidos corazones de sus verdugos, pero no pudo menos de causar una gran compasion en algunas otras personas de las que no habian tenido parte en su proceso. «Y le seguia, dice el sagrado testo, una multitud de pueblo, y de mujeres, las cuales plañian y lloraban. Mas Jesus volviéndose hácia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos: porque vendrán dias, en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados, cubrirnos. Porque si en el árbol verde hacen esto ¿en el seco que se hará? 2» La divina filosofía que encierran estas palabras del Salvador, proferidas en el camino del Calvario no debemos dejarla pasar desapercibida. Aquellas piadosas mujeres no pudieron dejar de impresionarse á vista del doloroso espectáculo que el divino Nazareno presentaba cargado con el peso de la Cruz, y lloraron por la compasion que les causaba, pero no por la causa que motivaba tanto dolor y afrenta porque la

1 Obra citada. Parte II. Lib. VI. Cap. XXI.

2 Luc. cap. XXIII. 27-31

ignoraban. El Señor aceptó aquella compasion y aquellas lágrimas y quiso recompensarlas con la instruccion que su contestacion envuelve, en la que quiso decirles: Veo con agrado que llorais por el triste y afflictivo estado en que me encuentro: justa y buena es vuestra compasion, pero mas quiero que lloreis por vuestros pecados que por mis tormentos padecidos por ellos, pues de este modo os será fructuoso á vosotras y á vuestros hijos el precio de mi sangre: porque vendrán dias en los que se tendrán por dichosas las que no hubiesen tenido generacion. «Porque si la justicia de Dios permitió que los hombres tratasen así á su propio Hijo, porque puso sobre sí los pecados que no eran suyos, ¿qué deben esperar esos mismos hombres que siendo árboles secos, estériles é inútiles para el reino de los cielos, están destinados para el fuego eterno del infierno?» Creemos que aquellas piadosas mujeres serian ilustradas divinamente para que pudiesen comprender esta doctrina en premio de sus lágrimas.

La Santísima Virgen era la que comprendia perfectamente el motivo de la Pasion de su Divino Hijo: ella sabia que no era tan solo el peso material de la Cruz el que agoviaba su cuerpo casi estenuado, sino los pecados del mundo todo que voluntariamente habia querido llevar para satisfacer la justicia del Eterno Padre. Por esta fineza de su amor, dice un Padre, le eran debidos, todos los tormentos que merecian los hombres: María, pues, llora amargamente no solo por el impulso de su materno corazon al presenciar los tormentos de su Hijo, sino por la causa de tales padecimientos: mira el pecado en toda su deformidad y ve á consecuencia de él, como criminal al santo, estar

1 Anotacion del P. Scio.

como leproso la hermosura misma, oyendo en vez de los cánticos de los soberanos espíritus, blasfemias de manchados labios. Ella sola sabia dignamente conocer y amar al que era su Hijo, y por lo tanto escede á todo humano encarecimiento el dolor que traspasaba su bendita alma. Mira aquel divino rostro, en el que se miran los ángeles y le ve cubierto de sangre: aquella cabeza, centro de la sabiduría eterna y la ve atravesada por punzantes espinas que le hacen verter su deificada sangre en abundancia: su hermosa y resplandeciente garganta, llagada por la crueldad con que tiraban de las cuerdas: aquellas manos que formaran el universo y que tantos beneficios habian dispensado á la humanidad, sujetando el sagrado leño, y no pudiendo contener los sollozos de su corazon, exclamaria con palabras entre cortadas: ¿Eres tú mi divino Emmanuel? ¿Eres tú el que yo tuve nueve meses en mis entrañas y alimenté con el néctar de mis pechos? ¿Eres tú aquel cuyo nacimiento fué anunciado á los magos del Oriente por un luminoso astro y á los pastores por los ángeles? ¿Eres tú el Hijo amado del Eterno Padre en quien tiene sus complacencias? ¿En qué estado te ve tu Madre!.. Pero Jesus cae repetidas veces en tierra, y estas caidas son otros tantos golpes de martillo que caen sobre la afilada cuchilla que hiere el immaculado corazon de la bendita Madre... Por fin se divisa el Gólgatha en cuya cumbre debe verificarse el sacrificio. La mirada de Jesus se fija en él, al par que su pensamiento está fijo en el hombre cuya Redencion vá á consumir, y en aquel monte clava tambien su mirada la bendita Madre de la sagrada víctima, que si no muere á la violencia del dolor es porque el Espíritu Santo la conforta y llena de fortaleza.

El Salvador que despues de caer y levantar repetidas veces, habia llegado al pié de la montaña de la expiacion,

se dispuso á subir, cuando tuvo lugar un hecho notable que la tradicion nos ha conservado á través de cerca de diez y nueve siglos. Una piadosa mujer que generalmente se cree fuese la Hemorroisa que con solo tocar la orla de los vestidos del Salvador cuando iba á resucitar á la hija de Jairo, quedó libre del flujo de sangre que padecía, se acercó al Señor y le limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, sacando en premio de su piedad impresa en el lienzo con que le limpiara, su sacratísima imágen. Esta mujer es conocida con el nombre de la *Verónica*. El divino Nazareno emprendió la subida del Gólgatha, ayudándole á llevar la Cruz un hombre de Cyrene en la Livia, llamado Simon, á quien los enemigos del Señor, habian obligado á ello temiendo no se les muriese antes de llegar al lugar del suplicio por la suma debilidad en que le veian. Al lado de Jesus, caminaba tambien María, esa heroina la mas esforzada que conocieran los siglos, que con la mayor resignacion y sin exhalar una palabra de queja, ni irritarse contra los enemigos de la sagrada víctima, devoraba en su corazon el mas amargo pesar. ¡Qué paciencia tan extraordinaria y admirable! Ella hubiese querido poder aun á costa de su propia vida librar la de su Hijo Santísimo, pero esto no le era posible. Sabe la voluntad de Dios de que se consume el sacrificio, y no ignora que era necesario si la humanidad habia de conseguir su rescate. Amaba á Jesus con un amor extraordinario y de preferencia, pero amaba tambien á la humanidad, y como su Hijo, anhelaba por la Redencion. Asi, pues, á través de sus grandes angustias y terribles dolores que la ponian á punto de espirar, está conforme con que se lleve á cabo el sacrificio.

Tal es el precioso modelo de paciencia y conformidad con la voluntad divina que se nos presenta, y que imitado

en cuanto nuestras fuerzas lo permiten, nos haria llevaderas las aflicciones de la vida. El mundo habia tenido ya ocasion de observar y admirar la paciencia heróica del príncipe de Hus, que sufriera todo el rigor de las mayores desgracias bendiciendo la mano que le heria; pero las aflicciones de Job, privado de sus bienes, cubierto de llagas de los piés á la cabeza y abandonado de sus amigos y hasta de su propia mujer, no pueden servir de punto de comparacion para espresar las angustias del corazon de María y lo invicto de su paciencia. Jesus era su Hijo; y si cualquiera madre hubiera muerto de dolor al ver un hijo en tan triste y aflictivo estado, María que como hemos dicho conocia ella sola toda su dignidad y perfecciones, padecía precisamente mas que cuanto han padecido despues los mártires de todos los siglos: pero sufría en silencio y colmando de bendiciones á Dios que ordenaba todos los sucesos.

¡Cuán débil y miserable es el hombre! Apenas se vé obligado á sufrir la mas pequeña adversidad se queja y murmura de la Providencia: el mas leve contratiempo le lleva á la desesperacion. Si fijára su vista en Jesucristo cargado con la Cruz y en su bendita é inmaculada Madre: si contemplara sus penas y en ellas su resignacion, encontraria dulzuras en el centro mismo de la adversidad; serenidad en medio de las borrascas y suaves consuelos en las mayores aflicciones. ¡Libro elocuente! La doctrina que de sus doradas páginas se desprende fortaleció el corazon de tanta multitud de mártires como han salpicado con su sangre los vestidos de la inmaculada esposa del Cordero; la que arrancó y arranca cada dia á la seduccion del mundo tanta multitud de vírgenes inocentes que cual sencillas palomas se refugian al seguro nido de los claustros para abrazar una vida de mortificacion, viviendo en la fervorosa y continua

contemplacion de las cosas divinas y caminando por las hermosas sendas de la Cruz; la que en suma llena de alegría á los verdaderos cristianos que agoviados bajo el peso de la adversidad, ó postrados en el lecho del dolor, oprimidos por cruel enfermedad, viven en la mayor resignacion no deseando otra cosa sino el cumplimiento de la voluntad de Dios. ¡Plegue á Dios que los hechos admirables de la vida de la Virgen María, que venimos narrando, no sirvan tan solo de objeto de admiracion, sino tambien de imitacion! De este modo el corazon se hará apto para contrarrestar los duros embates de los azares de la vida.

CAPITULO V.

El Golgotha.

El divino Isaac habia llegado al monte del sacrificio. Maria su Madre coronada de tribulacion habia seguido sus pasos y se disponia á presenciar la trájica escena de la muerte del libertador de la humanidad. Con una sola palabra nos esplican los historiadores sagrados todo el hecho importantísimo de la crucifixion: «y le crucificaron,» ó bien, «despues de haberle crucificado.» El mismo laconismo usan para espresar el tormento del corazon de la Virgen Madre siendo testigo de tan cruel escena: «Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.» La tradicion se ha encargado de trasmitir de una en otra generacion todas las circunstancias que callaron los Evangelistas y que vienen siendo objeto de la contemplacion de los cristianos. A la luz pues de la tradicion hemos de trepar con la imaginacion á la cresta de aquel monte sembrado de maravillas: para comprender siquiera sea imperfectamente toda la magnitud de los dolores de la Santisima Virgen, necesario es que veamos á la divina Víctima, sufriendo los mayores improperios al par que los mas crueles tormentos: que veamos correr por sus sacratísimos miembros aquel torrente de divina sangre en que quedaron anegados los crímenes de la humanidad: preciso nos es presenciar su agonía en el patíbulo de los dilincuentes, oír sus últimas palabras y verle lanzar el postrimer aliento. Empero séanos licito ya que en el Gol-